

El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

Notas de actualidad

El recientemente nombrado comandante general de Melilla, señor Lossada, ha hecho unas largas declaraciones.

No suelen contrariarse los jefes militares españoles, sobre todo, si ocupan cargos de la confianza del Poder, en Africa, en sus impulsos oratorios; antes al contrario; parece que la mayoría no espera ni siquiera la materialidad de trasladarse a su destino para arriarse, con una complacencia que lo menos censurable que se patentiza, es immodestia, a hacer declaraciones. A menudo sucede que ni la novedad de lo que con tal incontinencia se proclama, ni el mérito del servicio que creen prestar con ellas al país, justifican, no ya la precipitación en manifestarse, pero ni las mismas manifestaciones, si quiera...; a pesar de lo que el alarde ya ha sido hecho...

No consideramos baladíes las declaraciones que nos han dado pie para este comentario, pero no nos parecen convenientes ni oportunas estas sintomáticas incursiones en el campo, más o menos florido, de la oratoria, de quienes pueden servir mejor a la patria, y al mismo tiempo cumplir con su deber en otros campos menos pacíficos.

Este verano viene con algún retraso la racha de las declaraciones de personajes políticos. Debido tal vez a la desorientación general que parece reinar en todos los países, los personajes están dado tiempo al tiempo, procurando enterarse y esperando a que los horizontes se aclaren para adoptar una posición y señalar los caminos que se proponen seguir y que seguirán o no en su día, según aconsejen las circunstancias.

Pero lo poco que han dicho hasta ahora los que se han atrevido a adelantar alguna impresión, no es para dejar a nadie muy satisfecho. Los que aspiran a gobernar, los que no están todavía enfrente de los grandes problemas que afectan al país, lo ven todo negro, encuentran la situación presente y la futura llenas de dificultades que consideran muy complicado vencer, y sin decir qué procedimientos creen más a propósito para marchar adelante, en un estado lleno de ánimo, lleno de pesimismo, declaran hallarse dispuestos a encargarse de dirigir los asuntos públicos. No es el mejor camino éste para inspirar la confianza que el país necesita en momentos como los presentes. El desaliento, la desilusión, no han sido nunca buenas normas de conducta para los gobernantes, ni para los particulares. Si todo lo que se piensa hacer es ir saliendo del paso como se pueda, sin un plan fijo, sin soluciones previamente estudiadas y con probabilidades de eficacia, no vale la pena de acudir a cambios de política que llevan consigo siempre profunda agitación en el país.

Una vez más, el corresponsal de *Le Temps* en Tánger consagra un artículo a la sumisión del Raisuni, en el que se contienen errores, inexactitudes, divulgación de cosas falsas, que vienen a revelarnos los sentimientos poco amistosos de los colonistas del país vecino. No se trata de un comentario, sino de la exposición, como hechos, de cosas que no merecen el nombre de tales, porque solo viven en la fantasía del corresponsal.

La tesis de éste es que puede tener repercusión la sumisión del Raisuni, incluso en el mismo Tánger, por las

atribuciones de que le vamos a rodear, por el mando militar que va a ejercer, por la persecución de que serán objeto los amigos de España. Y con decir que ni hay tales atribuciones, ni tal mando, ni tal persecución, dicho queda hasta qué punto llega la leyenda y cuánta es la mala fé con que se crea y divulga, poniendo al servicio de ella las columnas de un diario prestigioso que, lamentablemente, ha cuidado poco en el caso presente de su seriedad.

El abanderamiento de un sumergible

Al margen de una iniciativa
Regalar una bandera de combate a un submarino. He aquí un rasgo delicado con que Cartagena tributaría su adhesión a nuestra Marina de guerra, a la vez que estrecharía los lazos que en todo momento deben existir entre las instituciones armadas y el elemento civil.

Esta es la iniciativa de un querido compañero, y que expresó en documentos artísticos en este periódico.

Indudablemente, la inexistencia de actos fraternales con el Ejército, es una de las causas que restan opiación en el pueblo, conduciendo muchas veces a actitudes desagradables que llegan a mostrar hondos abismos entre los grandes poderes civil y militar.

Cartagena debe de regalar—y esto tienen que alentarlo quienes sean capaces de conducirlo a una lisonjera realidad—una bandera de combate.

Esta es una enseñanza que nos han dado otras poblaciones que siempre demostraron estar menos ganadas de abulia que la nuestra.

La bandera bordada por las damas cartageneras tremolará luego en el azul orgulloso y altanero; golondrina que en un vuelo sobre el mar infinito, habría ido a posarse sobre el sumergible para recordar a sus tripulantes que Cartagena en cuyo arsenal fué construido le acompaña siempre en una gallarda prueba de ciudadanía y acendrado patriotismo y le tributaría un eterno homenaje con su representación más preciada: nuestras bellas paisanas que al bordarla podrían en ella sus anhelos y entusiasmos.

Si, amigo Mateo, esa feliz iniciativa que tan favorablemente ha sido acogida por la prensa local y murciana que han prestado su concurso para su realización no debe ser abandonada ni siquiera demorada, por cuanto que urge ser decidida con antelación, ya que en ese caso habría necesidad de algún tiempo para los preparativos.

Figaro.

Un bautizo

Esta tarde a las cinco se ha verificado en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen el bautizo del precioso niño que hace días dió a luz la distinguida Sra. D.^a María Avalos esposa de nuestro compañero en la Prensa don Antonio Batigieg Gomez.

Al néfito se le ha impuesto el nombre de Antonio y ha sido apadrinado por la respetable señora doña María Jorquera, viuda de Avalos, y por el ilustrado contador de navío don José Batigieg.

Terminada la ceremonia religiosa, los invitados, que han sido numerosos, fueron espléndidamente obsequiados en casa de los padres.

Reciban estos nuestra enhorabuena y Dios les dé salud para verlo hecho un hombreito.

A LA VIRGEN MARIA

María bello nombre a más oídos, más grato que una música armoniosa, más que la brisa que con leves ruidos besa al pasar el cáliz de la rosa

María: por tu dulce y santo nombre venció Pelayo a la morisma impla, por Ti nos redimió nuestro Dios-Hombre é iremos a su gloria en algún día.

Tu fuiste la que en Méjico triunfaste la que en Lepanto nos llenó de gloria, Tú a Colón a la América guistaste y en Pavia nos diste la victoria.

A Ti consagra el ruiseñor sus trinos, el jilguero te dá sus melodías y la alondra sus cantos matutinos: todos cantan al nombre de María

Y cuando por las noches con pie breve bajas con perlas a regar las flores, la creación entera se conmueve en testimonio fiel de sus amores.

Murmura el arr yuelo cristalino bendiciendo tu mano bienhechora, dobla ante Ti su copa el alto pino y te saluda la naciente aurora.

Y luego asciendes sobre los querubes, cual si fuese en carroza de victoria y ellos te llevan por entre las nubes hasta llegar a la celeste gloria.

Envía desde allí gratos consuelos a los pobres y débiles mortales, pues siendo Tú la Reina de los cielos, bien puedes remediar sus muchos males.

María Remedios Rus.

DESDE MADRID

LA META

En la España gloriosa no fué una excepción Juan Sebastián Elcano, el famoso piloto que dió la vuelta al mundo y rindió viaje en Sanlúcar, el 8 de Septiembre de 1522. Grandes marcanes tuvimos entonces, como tuvimos grandes Santos, y grandes filósofos, y grandes artistas, y grandes escritores... Cuando un pueblo se halla en su orto luminoso, no es que prepondera esta o la otra clase social, este o el otro elemento de cultura; es que preponderan y sobresalen todos, dando motivo para que se llamen siglos de oro aquellos que ven tan venturoso suceso.

A evidentes desmedros ha venido sin duda, en estos años nuestros, y en el siglo de la raza hispánica, casija de espíritu más que de cuerpo, antaño tan nerviosa y prolífica y siempre sobria, y por todas esas altas cualidades con las necesarias para conquistar y para imperar. Seguramente que en nuestros antepasados estaba más fuerte que en nosotros el sentimiento de la propia estimación y sobre todo el de la grandeza de la Patria, que es lo contrario de lo de ahora, pues existen por desgracia multitud de españoles que pasan la vida desestimándose ellos en cuanto desestiman, empuqueñecen y rebajan, convirtiéndose en sus difamadores, a la nación que los ha honrado por siempre dándoles una nobilísima.

Con todo, no dejemos de comprender cuán fuertes y cuán honrados deberían considerarse y cuán estimulados y agitados sentirse para todo linaje de empresas los españoles de aquellos tiempos que vieron su bandera triunfadora por todos los mares.

Pero, en fin, aquello fué un ideal que se realizó y que puede y debe volver a realizarse. ¿O no? Con la virtud y con el trabajo y con la perseverancia en el amor a los dogmas nacionales: no dudando que hasta que el Norte de Africa sea español y Portugal y los Estados de la América española estén federados moral y materialmente con España, no habremos llegado a la meta, ni a la gloria.

M. Pinafort.

†

1 ANIVERSARIO
del fallecimiento del joven

Don Antonio Miralles Ruiz

que acaeció el 11 de Septiembre de 1921

R I P.

Las misas que se celebren el día 13 del actual de 9 a 9 y 1/2 de la mañana en la iglesia de la Caridad, serán aplicadas por el eterno descanso de dicho joven.

Sus padrinos don Florentino Balanz, Luengo y don Francisco Balanz Luengo y entre estos donña Paz Bestida Pedreño, ruegan a sus amistades la asistencia a dicho acto y encomienden su alma a Dios.

AL PASAR Bendita caridad La actualidad novelada

Leo en un periódico de fuera: «Dices de Manresa que Postaña sigue mejorando y que está muy agradecido a las muchas atenciones que las Hermanas de la Caridad le guardan».

¿Qué consoladoras son estas noticias para un cristiano verdadero!

Un «leñero» del sindicalismo, un propagador de doctrinas anticristianas, se muestra agradecido a las atenciones que la caridad cristiana, encarnada en esas mujeres, ángeles de la tierra, le prodiga.

Un enemigo del cristianismo humilla su frente y reconoce que solo la caridad que la Iglesia predica es la que a nosotros nos llena de gracia y bendiciones sobre la humanidad; es la que muestra todas sus acciones impregnadas de amor, bálsamo divino que unge los corazones y los uno.

El que ha caído bañado en sangre, víctima de sus mismos amigos y correligionarios, es levantado y curado por las manos caritativas de la caridad, que no tiene amigos ni enemigos, porque a todos mira como a hermanos porque a todos cobija bajo su manto de amor.

Se dan muchas leyes, se discursan mucho y se halagan los oídos de los hombres con palabras lisonjeras, pero que están en contradicción con los sentimientos del alma.

El cristianismo sin embargo, como dice el vizconde de Chateaubriand: «siempre de acuerdo con los corazones; no pide virtudes abstractas y solitarias, sino virtudes deducidas de nuestras necesidades y útiles a todos», por esto ha colocado la caridad como un polo de abundancia en los desiertos de la vida».

La caridad subyuga y atrae a los hombres, porque no exige con promesas sino que conviene con obras.

Y es que como dice el apóstol: «la caridad es paciente, es dulce, no intenta sobrepasar a otro, no obra con temeridad, no se ensoberbeca... Todo lo tolera, lo sufre todo.»

Esta hermosísima virtud solo se encuentra en el cristianismo; es flor virtuosa y nativa del vergel amantísimo de la Iglesia.

Pues siendo esto así, ¿cómo habrá quien odie a Cristo, cómo habrá quien injurie a Aquel, que pasó por la tierra haciendo bien y sembrando amor entre los hombres?

¡Hermosa caridad! Yo te saludo.
¡Oh preciosa virtud! Yo te venero.
Dichoso el que, al morir exclamar pudo:
¡Bendita caridad! Yo por tí muero.

M. SANCHEZ

La abuela
En Madrid, en la calle de la Libertad, vive todavía la señora Manuela, devotísima admiradora de aquel insigne matador de reses bravas que se llamó don Antonio el Malagueño, muerto en el cumplimiento de su deber en Santa Agueda.

Era una vieja piquérrima, simpática, protectora de los diestros partidarios de la antigua escuela rondeña, pero enemiga de la gente pinturera, que a fuerza de vistosos flores, tiende a reformar los viejos cánones taurinos.

Como la vieja había vivido los mejores tiempos de la afición llamábanla «La Epoca», es decir, contemporánea de las más estimables tradiciones de la gapeza y del arte de torear.

Tenía dos buenos amigos: uno ya viejo, pero aún con fama de inteligente matador, que se llamaba Antuñedo, como el diestro fenecido, y otro, en la plenitud de sus arreos llamado el Murcío, que se arremaba de valiente, con insólita bravura, a los toros, aun que fuesen murciños.

Pero la «señá» Manuela sentía una gran debilidad por Pepillo el Cordobés, su ahijado, que había sido un buen peón del primer Antonio y un excelente banderillero del Antonio como contemporáneo. De ahí que todo su afán fuese que su protegido tomase cuanto antes la alternativa, y tuviese su cuadrilla.

Por eso pidió consejo a sus dos amigos, como personas de mayor arraigo en el difícil arte del toreo.

—Se acabaron los tiempos—dijo don Antonio—de las cuadrillas exclusivas de un matador. El público es cada vez más exigente, y hay que dar cuadrillas de maestros; tu Pepillo puede tomar parte de cualquiera de ellas, como amigo, con el Murcío, o con ambos, pero solo y con medianías hombre no, no se le aconseja.

—Y tú, Murcío, ¿qué me dices?—preguntó la abuela.

—Yo casi suscribo lo que dice don Antonio; pero si quiere Pepillo tomar la alternativa, que despidas a los murciños y que dispongas de los que, como yo, nos atracamos de toro. ¡Pintureros, no! Después de estas consultas Pepillo toreó con su cuadrilla homogénea de toros de la ganadería de Corrales, cuya bravura superaba a los de Murcío, y de tal modo se arrojó, que la excelente vieja, entusiasmada, chocaba, con su